

LUGARES FEMENINOS DE AYER A HOY

María Rosa Lojo*

NOTA DE EDITOR

La siguiente reflexión fue escrita por la autora para este encuentro. Los fragmentos que publicamos de sus libros *La princesa federal* y *Finisterre* fueron cedidos generosamente para nuestra revista.

NOTA DE AUTOR

Hace unos seis años, volvía de dar una conferencia en el homenaje que le tributó la ciudad de Bolívar a Benito Lynch (uno de mis escritores argentinos favoritos, por motivos que luego vendrá al caso explicar). También había sido expositor en el evento un escritor joven a quien mi marido y yo acercamos en nuestro auto. Casi inevitablemente, la literatura se convirtió en uno de los temas del viaje. El joven comenzó a hablar de otros autores de su generación y a reflexionar sobre el mapa canónico de la literatura nacional. Como en ningún momento surgió, de su lado, una figura femenina, lo interrogué a mi vez acerca de las escritoras que había leído, presintiendo que iba a ponerlo en serios apuros. Por cierto que así fue. Acorralado, terminó musitando uno o dos nombres de escritoras «universales»: Jane Austen, Virginia Woolf, hasta confesar que realmente no conocía ni frecuentaba los libros de sus colegas argentinas. Debo decir, en su honor, que no era un caso perdido, sólo una víctima del vacío educativo y los estereotipos de género —el *habitus*, diría Pierre Bourdieu (2000)— que circulan en la sociedad como si estuvieran inoculados en la sangre. Cuatro años más tarde, convertido también en novel editor, organizaba en la ciudad de La Plata un ciclo de conferencias y entrevistas donde intervenían escritoras como Tununa Mercado o Liliana Heker. Acepté con gusto la invitación para participar.

Es posible que las cosas evolucionen para bien. En los últimos años empiezan a multiplicarse

* Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires e Investigadora del CONICET. Narradora, poeta y ensayista. Obtuvo numerosos premios, entre ellos, el KONEX a las figuras de las Letras argentinas. Correo electrónico: mrlajo@gmail.com.

Gramma, XXIV, 51 (2013), pp. 149-158.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

1 Se trata del novelista Ramón Tarruella (1973), responsable de la editorial platense Mil Botellas.

2 Ver referencias a este encuentro en <http://milbotellas.blogspot.com.ar/2010/07/una-mirada-del-pais-traves-de-las.html>

en los medios nombres de narradoras jóvenes. Han sido mujeres muchas de las ganadoras de concursos literarios destinados, por lo general, a descubrir talentos, como el Premio Clarín (desde Claudia Piñeiro a Patricia Suárez, entre las que más han trascendido luego), u otros certámenes importantes pero aún menos instalados (Letra Sur, de El Ateneo, con Isabel de Grazia, Mori Ponsonwy, María Inés Krimer). También es verdad que la elección del «libro del año» convocada desde hace poco por la librería-editorial Eterna Cadencia (muy atenta a las revelaciones literarias), ha recaído sobre escritoras de las nuevas camadas: Mariana Enríquez o Selva Almada (en 2011 y 2012). Esto no implica que el *habitus* haya desaparecido. Mientras compartíamos (precisamente con Mariana Enríquez) un paseo fotográfico por la ciudad de Frankfurt, en ocasión de la Feria del Libro de 2011, volvimos a hablar de los tópicos de género para encontrarnos con algunas «invariantes» desalentadoras. A Mariana (nacida en 1973) sus contemporáneos y colegas varones solían decirle que no leían escritoras porque «la sensibilidad femenina» no les resultaba accesible. Del mismo modo, puestos a enumerar nombres canónicos, los elegidos resultaban casi invariablemente masculinos. Nada más natural, después de todo, ya que es imposible comprender aquello que ni siquiera se ha leído y menos aún, incluirlo en canon alguno.

A pesar de todo, concluimos, había avances para festejar. En dos siglos de literatura nacional indudablemente el lugar femenino se había ampliado y diversificado (Lojo, 2006). O, por lo menos, existía, como lo probaba, después de todo, nuestra presencia en la Feria del Libro más importante del mundo. Remontémonos brevemente a nuestras compatriotas, antepasadas en las Letras. El pionero Ricardo Rojas reúne a las literatas del siglo xix en un capítulo de su *Historia de la literatura argentina* (el xvii del tomo ii, «Los Modernos»), titulado «Las mujeres escritoras». El autor justifica este tratamiento a la vez colectivo y diferenciado, por razones históricas. Salvo casos muy aislados, dice, la aparición de las mujeres en la historia literaria es «un fenómeno propio del siglo xix y de la atmósfera liberal de las sociedades modernas» (Rojas, 1960, p. 475). Por lo tanto, afirma, «he querido agruparlas en capítulo aparte, con el objeto de acentuar un rasgo típico de nuestra literatura moderna, y he debido emplazar este capítulo en la serie de los novelistas, porque casi todas ellas cultivaron el género». No faltaron, empero, poetas (o «poetisas»), alguna de ellas muy meritoria, como Agustina Andrade, hija de Olegario V. (Rojas la menciona de todas maneras, entre las novelistas), aunque esta producción quedó sobre todo dispersa en publicaciones periódicas de la época. Durante la Colonia —señala Rojas— la teocracia imperante no vaciló en recluir a las mujeres en la alcoba o el convento, evitando hasta enseñarles a leer, y aunque hubo antecedentes en el género epistolar (los mismos conventos podían ser, y lo fueron a veces, un refugio para la escritura y para cierta vida femenina independiente, aunque secreta), las «primeras mujeres escritoras en el sentido que he dado ya a esta palabra —concluye Rojas— no aparecieron hasta después de la organización nacional en la literatura argentina. Ellas constituyen uno de los rasgos nuevos y más característicos del ciclo de 'los modernos' estudiado en esta obra» (1960, p. 483).

Como «rareza» de su tiempo, las escritoras tuvieron que luchar ante todo por el derecho a la expresión pública de las mujeres, que no era habitual y se prestaba, por sí misma, a todo tipo de equívocos intencionados. Ante la aparición de *Camelia*, primera revista femenina en ver la luz después de Caseros, cuyo lema era: «¡Libertad! No licencia. Igualdad entre ambos sexos», un periódico rival llamado *El Padre Castañeta*, publicó una poesía satírica con versos como estos: «y hasta habrá tal vez alguno / que porque sois periodistas / os llame mujeres públicas / por llamaros publicistas». El espacio donde publicar era, asimismo, difícil de obtener. Las mujeres solían hacerlo en revistas de pequeñas tiradas, sostenidas por suscripciones, y a menudo, por lo tanto, de corta vida. Les costaba mucho, en cambio, acceder a los diarios más importantes, dirigidos por varones. Por algo Domingo F. Sarmiento festeja en *El Nacional* (abril de 1885) la exitosa tenacidad con que Eduarda Mansilla

ha pugnado diez años por abrirse las puertas cerradas a la mujer, por entrar como cualquier cronista o reporter en el cielo reservado a los escogidos (machos), hasta que al fin ha obtenido un boleto de entrada, a su riesgo y peligro, como le sucedió a Juana Manso, a quien hicieron morir a alfilerazos porque estaba obesa y se ocupaba de educación (Lojo 2010, p. 123).

Una de las sorpresas (gratas) de Eduarda Mansilla en los Estados Unidos fue comprobar que allí las mujeres podían escribir para los diarios y ganar dinero con ello, así fuese en los espacios de la crónica social o realizando traducciones (Lojo 2003c).

Si durante varias décadas del siglo xix las escritoras logran hacerse visibles, a pesar de las limitaciones, y algunas de ellas (como Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla) alcanzan renombre (Lojo 2003a; Noguerol), un cono de sombra cubrirá en general la actividad literaria femenina, entre fines del siglo xix y mediados del siglo xx. Algunas excepciones, como la novelista Emma de la Barra, que publica la popular novela *Stella* bajo el seudónimo de César Duayen, o la fuerte personalidad poética de Alfonsina Storni (transgresora en tantos sentidos), no obstan para impedir el repliegue. Con la voz de las mujeres desaparece, también, esa posibilidad que reclamaba lúcidamente Victoria Ocampo en *La mujer y su expresión* (1936): el derecho de ellas a hablar por sí mismas y desde sí mismas. Y a hablar, también, del hombre, como de la otra mitad de la especie (sin identificarlo con el «universal» humano). Ocampo considera que esta es una asignatura pendiente no ya de la literatura argentina, sino de la literatura en general:

La mujer misma, apenas ha pronunciado algunas palabras. Y es a la mujer a quien le toca no sólo descubrir este continente inexplorado que ella representa, sino hablar del hombre, a su vez, en calidad de testigo sospechoso. Si lo consigue, la literatura mundial se enriquecerá incalculablemente, y no me cabe duda de que lo conseguirá (Ocampo, 1936, p. 23).

En nuestra narrativa canónica, por lo demás, son escasos los escritores (varones) que construyeron (a la manera de un Pérez Galdós o de un Flaubert) personajes femeninos desde una interioridad profunda, que se descentra de la mirada masculina. Algunos ejemplos: Benito Lynch, que captó, como pocos, la subjetividad de las mujeres y de los niños, Eduardo Mallea (*Todo verdor perecerá*), Manuel Puig. Esto no implica una crítica hacia la calidad estética de las obras producidas por otros grandes escritores, aunque sí una insuficiencia (como apunta Victoria Ocampo) en lo que hace a un registro antropológico y existencial completo.

Quizá por eso la nueva ficción histórica escrita por mujeres abrió tantas expectativas: la de recuperar, desde una perspectiva distinta, una experiencia secularmente desoída o silenciada. La búsqueda de esta visión «desde adentro» inspiró sin duda la construcción de mis protagonistas femeninas: desde las escritoras, como Eduarda Mansilla en *Una mujer de fin de siglo* (1999), o Victoria Ocampo en *Las libres del Sur* (2004), hasta mujeres de la política: Manuela Rosas en *La princesa federal* (1998), o personajes de ficción pura (Rosalind, en *Finisterre*, 2005), que cuentan, desde otro ángulo, historias de guerra, discriminación y opresión, narradas habitualmente desde posiciones androcéntricas y etnocéntricas.

En otra oportunidad he seleccionado fragmentos de las novelas sobre escritoras (Lojo 2011), por eso propondré en este caso textos extraídos de *La princesa federal* y de *Finisterre*. Como los de otras autoras contemporáneas, suponen un aporte a la «memoria utópica» (Elsa Drucaroff, 2005) de nuestro género. O la mediación imaginaria que resucita a las «madres» muertas para que vuelvan a hablar con nuestra propia voz.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Drucaroff, E. (2005). Por una memoria utópica. Apuntes para una novela histórica femenina. En Betancur, P. (Ed.). *Lab05/Género* (s.d.). Montevideo: Centro Cultural de España.
- Lojo, M. R. (Coord.). (2003a, septiembre). Dossier: escritoras argentinas del siglo XIX. *Cuadernos hispanoamericanos*, (639), 5-60.³
- Lojo, M. R. (2003b, septiembre). Eduarda Mansilla. *Cuadernos hispanoamericanos*, (639), 47-59.
- Lojo, M. R. (2003c, septiembre). Eduarda Mansilla: entre la 'barbarie' yankee y la utopía de la mujer profesional. *Grammar*, (37), 14-25. Recuperado 2 abril, 2013, desde www.salvador.edu.ar/publicaciones/grammar/37
- Lojo, M. R. (2006). Genealogías femeninas en la tradición literaria. Entre la excepcionalidad y la representatividad. *Alba de América*, 25 (47-48), 467-485.
- Lojo, M. R. (2010). Sarmiento, crítico literario y promotor de mujeres escritoras: su lectura de

3 Colaboraron en este dossier las historiadoras Lily Sosa de Newton y Lucía Gálvez, y las críticas literarias María Gabriela Mizraj, Lea Fletcher, Lidia Lewkowicz y la editora.

- Eduarda Mansilla. En De Marco, M. Á. & González, J. R. (Eds.). *Visiones de Sarmiento* (pp. 121-131). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Disponible en Portal Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sarmiento-critico-literario-y-promotor-de-mujeres-escritoras-su-lectura-de-eduarda-mansilla/html/d4ccc8c9-09a0-4160-910b-d79a620c455a_4.html#I_0_
- Lojo, M. R. (2011). Donne argentine: soggetti della Storia e della Letteratura. En Gentile, B. & Grillo, R. M. (Eds.). *Scrivere donna. Letteratura al Femminile in America Latina* (pp. 93-110). Roma: Aracne Editrice, 2011. Donne del Novecento, 7.
- Noguero, F. (s.f.). Sujeto nacional y escritura en la obra de Eduarda Mansilla: «Una mujer de fin de siglo». Recuperado 2 de abril, 2013, desde http://cvc.cervantes.es/literatura/mujer_independencias/noguero.htm.
- Ocampo, V. (1936). *La mujer y su expresión*. Buenos Aires: Sur.
- Rojas, R. (1960). Las mujeres escritoras. *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (Vol. II, pp. 474-493). Buenos Aires: Kraft.
- Taruella, R. (2007). Una mirada del país a través de las mujeres. Recuperado 2 de abril, 2013, desde <http://milbotellas.blogspot.com.ar/2010/07/una-mirada-del-pais-traves-de-las.html>

FRAGMENTOS DE *LA PRINCESA FEDERAL*

DATOS DE LA OBRA

- Lojo, M. R. (2012). *La princesa federal*. Buenos Aires: El Ateneo. ISBN 9789500205290, pp. 168-171.

¿Qué hace la Niña Manuela en los cuarteles y las prisiones? ¿Qué la trae a estos Santos Lugares con su atavío de amazona, en silla inglesa sobre un caballo demasiado veloz que le vuela todas las cintas del sombrero? ¿Por qué se acerca, en la víspera de su cumpleaños, sola su alma y casi clandestina, merodeando los alrededores del patio del este, en el lado externo del muro que aún oculta, en su espesor, las balas que pasaron a través de los cuerpos? ¿A quién busca Manuela en la tierra donde envejece una cruz de madera, y donde los cuerpos que las balas atravesaron han hallado primera sepultura? Hay un ombú en las cercanías, y florecitas silvestres rodean las raíces. Crecen también en este otoño suave como crecieron en la primavera. Crecen para que estos muertos recientes hallen un lugar agradable donde sentarse y puedan mirar sin demasiado temor sus propios corazones sorprendidos, horadados en pleno proceso de expansión amorosa. Sístole y diástole identificadas en su fantasía con el grandioso ritmo del mundo que ya ha podido prescindir perfectamente de ellos.

Desde mi ventanita de buen observador, en el cuarto donde espero al prudente Antonino Reyes, logro el ideal de cualquier espía. Mirar sin ser mirado a la dama que se acerca a la cruz de madera y se persigna compungida primero, y golpea levemente con la fusta después —como

lo hace siempre que se fastidia— sobre el tronco del árbol.

Está esperando, está llamando, a alguien, y no es difícil adivinar a quién. Ante sus ojos, traslúcida y algo encandilada por el sol de la siesta —la pobre ha pasado ya mucho tiempo entre las húmedas tinieblas— se presenta la Víctima. Sigue siendo muy joven, lo será eternamente. Tan joven que enternece, y las perforaciones en el pecho, y la palidez de la cara, y la cabellera negra, desmadejada y suelta sobre una ropa casi talar, que bien podría pasar por una túnica, le dan un aire convenientemente trágico.

Se miran. Se adelantan la una hacia la otra, como para estrecharse en un abrazo, pero ambas vacilan y se detienen. Apenas llegan a rozarse en el aire las yemas de los dedos. Están heridas, acaso, por mutuos rencores. Se miran largamente. La hija del Restaurador, con desaprobación compasiva. Camila, desde el reclamo desgarrado. Ella es la que habla primero.

—¿Dónde estabas, Manuela? ¿Por qué no viniste a salvarme?

—¿Y vos? ¿Por qué no te confiaste antes a mí? ¿Por qué no me dejaste aconsejarte?

—¿Llegaste tarde o no quisiste llegar?

—Mil veces hubiera corrido a salvarte si no hubiesen detenido al mensajero que me llevaba el aviso. Y mil veces te hubiera rogado también que renunciaras, no a Gutiérrez, sino a tus propósitos de fuga. Ahora mismo podrías estar en Palermo con todas nosotras, conversando con los embajadores y bailando el minué.

—Lo mismo que hice hubiera hecho, Manuela. ¿Qué me importa Palermo? ¿Qué me importan el minué ni los cortesanos que van a hacerte reverencias?

—Tampoco para mí son importantes.

—¿Y entonces?

—Yo estoy viva.

—¿Estás viva? ¿Sin un gran amor? ¿Sin gozar?

—¿Quién te ha dicho que yo no tengo un gran amor? ¿Quién te ha dicho que yo no gozo?

—¿De qué? ¿Sólo de tus ambiciones?

—¿Y qué si tuviera ambiciones? ¿Hay en eso pecado?

—En las mujeres dicen que sí. Pero lo habrás heredado de tu madre. Bien la criticaron por ese motivo.

—Mamá era distinta. Iba al enfrentamiento. Yo procedo de otro modo. Si algo aprendí en estos años de todos los hombres que he tratado, de los mismos que te merecen desprecio, del canciller Arana, de los diplomáticos extranjeros, es que la vida es negociar. Exigir y ceder.

—¿Aun en el amor?

—En todo. En el amor más que en ninguna otra cosa. Nadie tiene derecho absoluto sobre nadie.

—Ladislao y yo nos dimos ese derecho el uno al otro.

—Muy mal hecho. Y además también eso es mentira. Vos le entregaste mucho más de lo que él te entregó. Él, sólo él, era el que no podía casarse. Él te arrastró en un viaje sin prudencia, sin previsión y sin esperanzas. ¿Para eso tuviste que morir antes de tiempo? Sin dejar semilla, sin gastar hasta el fondo los años que te correspondían. Ahora te compadecen. Con el tiempo te vas

a convertir en leyenda. Pero para que la Pecadora y la Culpable se santifique y se transforme en una Heroína y una Mártir, hay que matarla primero.

Camila se derrumba sobre las grandes raíces. Las lágrimas corren por su carita afantasmada, abren surcos en la ceniza de la muerte, convierten su máscara de trágica en patética.

Manuela se sienta a su lado y le acaricia el pelo.

—Algún día las mujeres también aquí van a querer a quien se les ocurra a la luz del día. Y van a gobernar y a hacer los mejores negocios para sus vidas. Y no van a necesitar morirse para que las perdonen y las santifiquen.

Le aparta a Camila el pelo de la frente.

—¿Y tus hijos? —pregunta ella—.

—¿Cuáles?

—Los que no vas a concebir, mientras sigas reinando.

Manuela se queda pensativa.

—Alguien me dijo una vez que yo podía tenerlo todo. Y aposté a todo. Ya lo verás.

—¿Y mientras tanto?

—Sigo negociando, y regateo, y hasta el momento se equilibran mis cuentas.

Ambas sonríen, trabándose en una conversación ahora cordial, que ya no escucho sino en ecos tardíos. Las voces y las imágenes comienzan a vacilar en el reflejo de la distancia.

No sé en qué momento sentí la mano de Reyes sobre mi hombro.

—Señor, don Pedro, usted disculpe. Se ha quedado dormido. ¿Hace mucho que me espera?

Miré hacia el ombú, ya completamente en sombras, donde no se veía a nadie. La resolana de la siesta y sus mirajes habían pasado.

—Creo que hace un buen rato, señor Reyes. Pero no importa. Me ha venido bien. Un sueñito a primera hora de la tarde descansa y clarifica.

—No hay duda de ello.

Despachamos por fin nuestros asuntos, y hacia el atardecer salí de los Santos Lugares en un coche oficial, rumbo al Archivo Americano.

El último sol caía en forma de hojas, desde todos los troncos de todos los follajes. Se oían cohetes, gritos de salutación y buena bebida, rasgueos de guitarra y anticipos de fiesta. Eran las serenatas que se preparaban para la medianoche, cuando una larga serpiente de antorchas empezaría a torcerse por el modesto laberinto de la ciudad y los caminos del bosque, hasta desembocar, con cánticos y flores, bajo las ventanas de la Niña Manuela.

FRAGMENTOS DE FINISTERRE

DATOS DE LA OBRA

Lojo, M. R. (2011). *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana DeBolsillo. ISBN: 9789875667266, pp. 179-183. Texto original publicado en 2005.

Sobreviví a doña Ana.

Sobreviví a la matanza de las mujeres.

Ah, sí. También allí, del otro lado de la Tierra, sentían una fascinación recelosa por los seres inestables y peligrosos que pueden dar tanto la muerte como la vida, que se reproducen ellas mismas y reproducen a los varones, las únicas que saben con inmediata certeza que son madres de sus hijos, mientras que los machos no pueden conocer del mismo modo si son padres de los que creen suyos. Las que poseen los secretos de la fertilidad y de la luna, y pueden aplacar las fuerzas locas del cielo y de la tierra. ¿Por eso los hombres, en Oriente como en Occidente, han buscado apropiárselas, comprarlas y venderlas, y hacer de su cuerpo el lugar de los pactos y de las alianzas, la prenda de la discordia, la ofrenda de los sacrificios.

También el día en que murió, de improviso y en su cama, Painé Guor, el Zorro Celeste, dejó una marca irreversible en la historia sin libros de los ranqueles. No sólo porque Painé había sido para los suyos un gobernante bien dispuesto a la generosidad y a la prudencia, sino por las mujeres que murieron con él. Dos de sus esposas fueron sacrificadas, aunque criaban niños de pecho, para que él no fuese solo y tuviese placer aun en la tierra de los Volcanes. Las mataron de un bolazo en la sien y las arrojaron a la fosa abierta junto con cinco caballos favoritos y todas las prendas de plata, que eran, como ellas, propiedad del difunto.

Muchas otras —entre treinta y cincuenta— fueron asesinadas esos días en los toldos, ya que se las consideraba brujas. Las mataron con las boleadoras o el cuchillo, o a punta de lanza, si trataban de escapar o de resistirse. Había llovido durante la noche, y la sangre de las lanceadas se mezcló con el agua y se colorearon, como si hubiesen florecido, los pastos sobre la tierra.

Todas las mujeres ranqueles eran sospechosas de la muerte de Painé y de entre ellas su hijo y hederero, Calvañ, eligió al azar —exceptuando a su propia madre— las que le parecieron culpables. Todas tenían padres, hermanos, hijos, maridos que no las dejaron ir con gusto a los mundos inferiores, ocultos a la vista de los vivos, donde continúan las penas del mundo que pisamos. A los gritos de las que suplicaban y protestaban su inocencia, se unían los llantos silenciosos de los hombres, que tenían prohibido defenderlas, fuesen varones del común, o guerreros poderosos, porque tal era la costumbre.

La cacería de brujas llegó a los toldos de Pichún, y al poblado de Trenel, donde nosotros vivíamos. Baigorria no dejó sacar mujeres, ni indias ni cristianas, de los ranchos de los criollos. Pero una comisión se presentó ante Mira Más Lejos.

—¿No tienes una mujer en tu toldo?

—Sí, tengo. Todos la conocen, es mi ayudante.

—Entrégala entonces, para que se sepa si es bruja.

—Nadie mejor que yo puede saber si es bruja. Y no lo es. Ha trabajado conmigo mucho tiempo. Nunca ha hecho daño.

—Puede haberlo hecho en sueños y a tus espaldas.

—¿Me tomas por tonto? ¿Qué clase de machi sería si no me hubiera dado cuenta?

Mientras discutían, dos de los hombres que venían en la comitiva habían logrado entrar por

un costado del toldo. Los sentí encima antes de que pudiera dar aviso. Me taparon la cabeza con una manta, me manearon los pies, me ataron las muñecas. Pronto estuve sujeta, como un saco de papas o una res degollada, sobre la cruz de una cabalgadura, respirando el poco aire que se filtraba por las rendijas del tejido. Todo fue rápido e imposible de revertir, como en las pesadillas, y aún se hallaba Mira Más Lejos de pie junto a la abertura principal de su casa de cuero, cuando ya el caballo levantaba el polvo más allá de Trenel.

Dicen que quienes van a morir ven pasar delante de sí, en unos instantes, toda su vida. Como si los sucesos aparentemente inconexos, los actos azarosos, mostrasen ante los ojos finales ese diseño secreto al que desde el principio estaban respondiendo. Yo no vi eso. No vi ni recordé, al menos, nada que no fuese una sucesión incoherente de fragmentos rotos. La angustia de la muerte probable se mezclaba con la amargura de no saber por qué ni para qué había vivido. O peor aún, de constatar que los hechos más graves de esa vida desflecada y en jirones, cuya trama se prolongaba, deshecha, fuera de plan, ya sin sentido, otros los habían determinado por mí, como ahora unas manos ajenas decidían mi muerte.

El jinete que me llevaba nunca llegó a destino. No hubo gritos, ni disparos, ni siquiera las boleadoras que se enredan en las patas de un caballo para tumbarlo en pleno galope. Alguien, sin embargo, nos perseguía, silencioso. Mientras sudaba bajo la manta, atragantándome con las pequeñas fibras de lana suelta, creí oír unos cascos que duplicaban, como una sombra, nuestro galope, y un eco persistente de cascabeles.

Algo se quebró entonces, y caímos. El animal relinchaba, afortunadamente debajo de mí. La manta gruesa que me envolvía amortiguó el golpe lateral. Seguía viva y consciente cuando Mira Más Lejos me desató y me palpó todos los huesos, y al cerciorarse de que no había ninguno roto, me puso en pie. Sin embargo el jinete estaba muerto.

Esa muerte era difícil de explicar, porque los hombres de la pampa saben siempre cómo preservarse en una rodada. La caída también, en un suelo sin escollos, a campo abierto. Mira Más Lejos esperó tranquilo, en el mismo lugar, a los compañeros del difunto. Me tenía de la mano, y me pidió silencio.

Cuando los otros llegaron me cubrió con su cuerpo e hizo sonar los cascabeles de la muñeca. Los hombres miraron y se retiraron, sin decir palabra. Le tuvieron miedo. Pensaban que había logrado derribar al caballo con la sola fuerza de su voluntad, y que si lo mataban para llevarme, la fuerza de su maldición los alcanzaría primero.

Otra vez Mira Más Lejos me había devuelto a este mundo, y no lo olvidé, aunque él no estaba completamente seguro de mi inocencia en las artes prohibidas.

—La Vieja del Cielo sabrá por qué te ayudo, Pregunta Siempre. Estoy seguro de que en este caso no tienes culpa, pero no me extrañaría que hayas entrado en tratos con el Huecufú para dañar al Flamenco Amarillo.

Tal llamaban ellos a Armstrong, porque era flaco y alto como un flamenco, y la cabeza terminaba en un penacho dorado.

Durante las semanas siguientes los toldos estuvieron callados en la pampa, y aun los niños

eran reprendidos si salían a jugar y daban gritos en sus juegos, o se reían demasiado alto. No ya por el duelo de Painé, sino porque se habían entregado a su honor y a su venganza muchas madres y sin embargo todos sabían que no se acabaría con ellas el mal en el mundo, y menos aún, el mal para los ranqueles. Toda la tierra estaba oprimida por una nube baja de niebla y de tristeza que se hacía ver en la noche sin luna. Las únicas luces eran las caras de las muertas, separadas de sus cuerpos, perdidas en el camino del más allá.

Había transcurrido ya una década cuando murió a su vez Calvañ, pero no en la gloria del combate, como lo hubiera deseado su orgullo. Murió por torpeza y por mala suerte, mientras practicaba tiro al blanco y la bala dio, por error, en uno de los barrilitos de pólvora que había abandonado en el desierto la expedición fallida de Emilio Mitre.

Con él volaron, despedazados, veintitrés hombres de pelea. Nadie mentó a las inmoladas en los funerales de su padre, aunque lo pensaron, seguramente, muchos de sus deudos. Esta vez no hubo sacrificios de brujas en su entierro.